

EVIA GONZÁLEZ, JACINTO DE (1629-?)

OTRAS FLORES

Don Martín de Saavedra y Guzmán
Soneto

A un salto por donde se despeña el Arroyo de Chillo
Al mismo arroyo, en metáfora de un Toro
Romance

A la muerte de Adonis
Romance

Al agasajo con que Cartagena recibe a los que vienen de España
A la Pasión de Cristo, por Hernando Rodríguez Camargo
Romance

OTRAS FLORES

Aunque pocas del culto ingenio y floridísimo poeta, el doctor don Hernando Domínguez Camargo, autor del poema heroico de San Ignacio de Loyola, fundador de la muy ilustre y sapientísima religión de la Compañía de Jesús.

Cuanta es mayor la variedad de las flores, tanto más vistoso sale el ramillete que de ellas se compone; y mejor logran los ojos el desvelo de su atención, y el buen gusto de su curiosidad; y tal vez, para que salga de mejor aliño, es industria del que curioso la teje, mendigar las flores de distintos jardines, para que Flora, que atiende desvelada al aseo de todas, en unos estudia más el aliño de la rosa, en otro el candor de la azucena, y en otros tiñe mejor la púrpura del clavel; de esta traza se valió mi ingenio, al recoger las flores de ese ramillete, que te ofrezco, pues no sólo entretejí algunas del afeado vergel de mi maestro; pero también estas del culto jardín de el doctor Hernando Domínguez Camargo; porque con estas últimas sobresaliesen más vivos los esmaltes de las primeras: el dolor que tengo es, que sean tan pocas, siendo tan buenas (quizás porque tuviese más de precioso por lo raro) más las distancias de estas partes del Pirú, a aquellas del nuevo Reino de Granada, donde floreció, nos franqueó tan poco de estas riquezas, que el interés de el ingenio no es tan poco decoroso, como el del oro. Y no por peregrinas, y extranjeras serán mal admitidas estas flores, serán mal recibidas estas rosas, como aquellas que enviaba Egipto al César Romano, pues el mismo que las traía por nuevas, las despreció por comunes. Oye cómo lisonjea Marcial en este epigrama a su Emperador:

Ut nova donativi; Cæsar, Nilotica tellus,

*Miserat hibermas ambitiosa roas:
Nativa derisit Pharios, Menphicus hortos,
Urbis ut intravit limina prima tuæ.
Tantus veris honos, et odoræ gratia Floræ,
Tantaque pastani gloria ruris erat.*

Pues en mí no se pueden hallar los motivos, que concurrieron en el poeta, porque ni pretendo adular a mi maestro, ni vivo tan pagado de las flores de mis poemas, que menosprecie las de otros; ni son de tan mala gracia, ni tan demasiado el nácar de la rosa deste gran poeta, que no pueden descollar: no digo ya entre los más cultivados jardines de Flora; pero entre los más amenos, y floridos vergeles de Hipocrene. Recibe en esa flor todo el jardín; en ese grano toda su dorada espiga; y en esa migaja todo el pan de flores de aquel fecundo ingenio, como rebién, aunque a diverso intento, el otro: In grano spicam, in mica totum panem.

*A don Martín de Saavedra y Guzmán, Caballero del Orden de Calatrava,
y Presidente que fue en la Real Audiencia del Nuevo Reino de Granada.*

Soneto

Tu Espada, con tu Ingenio esclarecido
Tu sangre, con tu Dicha, han fabricado
cuatro partes a un Mundo, revelado
al tiránico Imperio del olvido.

Sólo podrás de ti ser excedido,
is rompiéndole el margen a tu hado,
a lo imposible investigares vado;
y habrás de humano dudas admitido.

Estrecho es a tu luz nuestro Hemisferio,
al mundo del obrar le das columna,
contigo tus Oficios acreditas.

El Rey te sobra en tu amoroso Imperio,
mayor eres en ti, que tu fortuna,
cuando eres más que tú, mejor te imitas.

A un salto por donde se despeña el Arroyo de Chillo

Corre arrogante un arroyo
por entre peñas y riscos,
que enjaezado de perlas
es uno otro cristalino.

Es el pelo de su cuerpo
de aljófar, tan claro y limpio,
que por cogerle los pelos,
le almohazan verdes mirtos.

Cíñele el pecho un pretal
de cascabeles tan ricos,
que si no son cisnes de oro,
son ruseñores de vidrio.

Bátenle el ijar sudante
los acicates de espinos,
y él es tan arrebatado,
queda a cada paso brincos.

Danle sofrenadas peñas
para mitigar sus bríos,
y es hacer que labre espumas
de mil esponjosos grifos.

Estrellas suda de aljófar
en que se duda a si mismo,
y atropellando sus olas,
da cristalinos relinchos.

Bufando cogollos de agua,
desbocando corre el río,
tan colérico, que arroja
a los jinetes alisos.

Hace calle entre el espeso
vulgo de árboles vecino,
que irritan más con sus varas
al caballo a principio.

Un corcovo dio soberbio
y a estrellarse ciego vino
en las crestas de un escollo,
gallo de montes altivo.

Dio con la frente en sus puntas,
y de ancas en un abismo,
vertiendo sesos de perlas
por entre adelfas y pinos.

Escarmiento es de arroyuelos,
que se alteran fugitivos,
porque así amasan las peñas
a los potros cristalinos.

A imitación del romance pasado hizo mi maestro éste en metáfora Q de un toro; cotéjalos pero a mi entender, más airosa es la metáfora de el Potro; no sé porque no la siguió, debió de ser, porque se le debiese la gloria de ser el primero en esta. O lo más cierto, por lo que dijo Policiano: *Sed ut bene currere nono potest, qui pedem ponere fiudet in alienis vestigiis; ita nec bene scribere, qui tanquam de præsripto non audet egredi.*
Polic.

Al mesmo arroyo, en metáfora de un Toro

Romance

De una elevada montaña
un arroyo baja altivo,
que agitado de sus hondas
es un Toro cristalino.

Al coso llega de un valle,
donde en sonoros silbos
le azora el Favonio alegre
entre las hojas de alisos.

Furioso cava la arena,
y envuelta en blanco rocío,
al viento la esparce en nube,
por segar al viento mismo.

Festivo el vulgo de plantas,
por segar al viento mismo.
si provoca su furor,
no menos burla sus bríos.

Armados todo de púas
se le atreve un verde espino,
y al herirle con sus puntas,
el valle llena a bramidos.

Un alto sauce le llama
de un ramo a los breves giros,
y al embestirse furioso,
hurta la rama advertido.

Murado de sus puñales
le azora un gallardo lirio;
y cuando piensa le hiere,
por mil partes sale herido.

Hasta de menudas guijas,
así se mira oprimido,
que tropezando con ellas,
todo el campo mide a brincos.

Mas de un peñón eminente
le aguarda un hermoso mirto,
que por ser galán del bosque
caballo le sirve el risco.

Con el rejón de un cogollo
se cerviz hiere atrevido,
y reventando cristales
salpica el margen vecino.

Donde los claveles rojos
logran sus colores finos,
y aun salpicada la rosa
a trechos mira el vestido.

Los árboles que enrejados
son barreras desta sitio,
al azotarle sus ramos
espuma labran sus vidrios.

Esgrime su media luna
contra un escollo, que quiso
dar escarmiento a arroyuelos,
que se envanecen altivos.

Pues a embestirle furioso,
así deshace sus bríos,
que esparcido todo en perlas,
cada perla es un aviso.

A la muerte de Adonis

hizo el insigne poeta Francisco López de Zárate un romance que comienza: Hojas deshojadas vierte a un valle que las recoge, etc. A cuya imitación hizo el poeta el que se sigue.

Romance

En desmayada beldad
de una rosa, Sol de flores,
con crepúsculos de sangre
se transmonta oriente joven.

Cortola un dentoso arado,
que a no ser de hayal torpe,
por la púrpura que viste,
le juzgará marfil noble.

Cerdoso Júpiter vibra
rayos marfil sobre Adonis,
y al alma que trae de Venus,
hiere más, mientras más rompe.

Espumoso coral vierte,
que en verde esmeralda corre,
mar de sangre, en quien a Venus
nafragio prepara Jove.

Verdugo monstruo ejecuta
de inflexible Dios rencores,
y siendo amor el vendado,
son cadahalsos los montes.

¡Ay fiera sangrienta! Dice;
si asegundarte dispones,
advierte, que en la de Venus
no en mi vida has dado el golpe

Y matar una mujer
con hazaña tan enorme,
mas para escupida es,
que para esculpida en bronce.

Con esto se cino a tierra
esta hermosura Faetonte,
y exhala beldad ceniza
del Sol que agoniza ardores.

De la herida a la ventana
el alma al golpe asomose,
y aunque halló en la sangre escalas

saltó atrancando escalones.

Cuando de cansar las fieras,
ciudadanos de los bosques,
venía la Diosa Venus
guisando a su amante amores.

Perlas desata en la frente,
y su cuerpo exhala olores,
que en amorosa porfía
mejillas, y aire recogen.

Juega la túnica el viento,
y entre nube holanda expone
relámpagos de marfil,
migajas de perfecciones.

Arroyo de oro el cabello
libre por la espalda corre
de la cual pende una carcax,
vientre de dardos veloces.

Duplica en la espalda flechas,
rigores ostenta dobles,
bruñido dardo a las fieras,
sutil cabello a los hombres.

Al pequeño pie el coturno
le pone arminas prisiones
blando muro a dura espina,
que a tanta beldad se opone.

Fuentes le abrió de coral,
quizá previniendo entonces,
que tanto fuego tuviese
por la sangre evacuaciones.

Hilos de rubí desata
para que su nieve borden,
con que en late de las rosas
lacteos purpureó candores.

Ramos de sangres en tal Cielo
fueron cometas atroces,
que le escribieron desastres
en tan sangrientos renglones.

Espoleole a su desgracia
con la espina, y arrojose
desde el risco del amor,
al zarzal de confusiones.

Trajinaria de distancias
la vista escudriña el Orbe,
ve un atleta con la muerte
luchando en rojas unciones.

A Adonis vio jaspe yerto,
por lo manchado y lo inmoble,
y por dudar lo que ve,
adrede le desconoce.

Asómase toda el alma
a los ojos, conociole,
y por dudar o engañarse,
con engaños se socorre

Beber la muerte en sus labios
cervatilla herida escoge,
muerte bebe en barro y vida,
en boca rubí propone.

A voces le encaña el alma,
y a la de Adonis sus voces,
como se va por la herida,
son a su prisa empellones.

Mira al Cielo de su rostro,
que alumbraban zarcos Soles,
y halla que a eclipsarlos vino
la Luna de su desorden.

De las mejillas, que en rosas
desabrocharon botones,
si bordados, no alelés,
cárdenas violetas coge.

El panal dulce del labio,
que entre ambrosía daba olores,
si es ámbar flor maltratada,
hiel de néctar corresponde.

Mas las víboras de sangre,
que arrastran por las flores,
nueva Eurídice la muerden,
miembros de mármol la ponen.

[]

Rabiosamente se arroja,
y es el remedio que escoge,
beberle en la boca el mismo
veneno que la corrompe.

La boca avecina al labio,
a heredarle el alma, adonde
como llegó Venus muerta,
alterna muerte matoles.

¡Ay Píramo! ¡Ay Tisve nuestra!
riscos ablandáis que os lloren,
pues caváis en una herida
hoyo a dos vidas conforme.

Con las palabras enjagua,
y dando nieve en sudores,
con cansados huelgos dice
a estas quejas a los Dioses.

¡Ay Dios bronce! ¡ay Dios diamante!
¡ay Júpiter!, cuando adores
a Europa toro, oro a Dafne,
tus amores se malogren.

¡Ay Apolo vengativo!
cuando con pies voladores
sigas a Dafne, de ingrato
laurel tus sienas coronas.

¡Ay náufraga vida mía!
que un mar bermejo te sorbe,
y en la roca de la muerte
te estrellas ya sin tu Norte.

Dijo, y por la herida misma,
hasta el corazón entrose,
que aun más allá de la vida
un dulce amor le traspone.